

En el avasallamiento de la india y de la mujer gaucho deben rastrearse los orígenes de la misoginia criolla. El Martín Fierro, de José Hernández, es una muestra literaria del machismo argentino que, como las letras del tango, son expresiones de una cultura que inferioriza la condición de la mujer.

La literatura es el fiel espejo que refleja el sentir y el pensar de cada época. Su influencia se prolonga en el tiempo y sienta las bases para la formación de la cultura. Dijo José Hernández de su obra: "Me he esforzado en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse que les era peculiar".

El gaucho fue el producto de dos culturas, la indígena y la española. Diferentes en usos, tradiciones, religiones y costumbres, pero iguales en patriarcalismo. La mujer india estaba sometida al hombre antes de la invasión española y continuó sometida después con más rigor que antes por hombres que vinieron solos, sin mujeres. Víctima involuntaria de la colonización, la mujer india fue despreciada por sus hermanos de raza y convertida a una religión, la de los colonizadores, que comenzó cambiándole el nombre e imponiéndole por modelo a una virgen-madre, una mujer asexuadamente pura, justamente a ella, la india violada.

El gaucho fue hijo y nieto

de la india y el español. En su inconsciente llevó el desprecio y el miedo a todo lo femenino que impregnaban las dos culturas. La mujer del gaucho, como su ancestro la india, no comparte la vida del hombre, no cabalga, no busca trabajo, porque su vida está dedicada a criar los hijos y esperar el regreso incierto del hombre. Hernández en su obra destaca el rol secundario de la mujer de su protagonista principal, el gaucho Martín Fierro, de la que no dice ni el nombre. El nombre otorga individualización e identidad. Con la sola mención de un nombre femenino, el de Inocencia, la mujer del gaucho Cruz, en la obra de Hernández las mujeres existen, pero no están. No las puede suprimir, porque sus personajes hablan de mujeres, pero no las nombran por sus nombres. Para el gaucho, según Hernández, la mujer es una de las propiedades del hombre, pero no la principal. Enumera un orden de prioridades: "Yo he conocido esta tierra / en el que el paisano vivía / y su ranchito tenía / y sus hijos y mujer". La mujer es la última de las pertenencias y tanto es así que en el canto 111, cuenta Fierro que el día que se fue del rancho se alzó con todo lo que necesitaba sin pensar en el despojo que hacía a su familia: "A mi china la dejé medio desnuda ese día". Lo de desnuda es

significativo porque en el relato se cuenta que la mujer de Fierro no tenía recursos económicos para mantener el hogar. Situación idéntica a la de muchas argentinas de hoy que no reciben ninguna contribución del padre de sus hijos, que como el gaucho Fierro desaparecen del hogar sin dejar rastros. "Y atiendan la relación / que hace un gaucho perseguido / que padre y marido ha sido / empeñoso y diligente / y sin embargo la gente / lo tiene por un bandido". Qué duda cabe de que este "héroe nacional" de la literatura argentina es un bandido.

• La mujer calumniada

"Y la pobre mi mujer / Dios sabe cuánto sufrió / me dicen que se voló / con no sé qué gavilán / sin duda a buscar el pan / que no podía darle yo. / Qué más iba a hacer la pobre / para no morir de hambre". Se equivoca Hernández cuando falsea la realidad. En su época y en todas las épocas las mujeres del campo han sabido arreglárselas solas en los largos períodos de ausencias de los hombres y no se morían de hambre por eso, ni se volaban con un gavilán (otro hombre) como calumnia Hernández. Las mujeres de los gauchos no dependían del hombre para su subsistencia. Vivían de sus sembrados y de los animales do-

mésticos. Al final del poema se sabe que la mujer de Fierro crió sola a sus hijos, sin la ayuda de nadie, quizá lamentando haberle tocado por marido un gaucho bandido como Fierro.

• El racismo del gaucho Martín Fierro

En el canto VIII se narra el episodio de la concurrencia a un baile del protagonista, que se encuentra con una pareja de negros de raza. Con una actitud de patotero, Fierro se dirige a la mujer de la pareja y le dice: "Va... ca... yendo gente al baile". La mujer le contesta: "Más vaca será su madre". Fierro, como todo pendenciero, quiere quedarse con la última palabra y le dice: "Negra linda... dije yo / me gusta pa' la carona". La carona forma parte del recado que se coloca al caballo, con lo que Fierro estaba insultando a la mujer diciéndole yegua. No se conforma y la emprende con el hombre negro, al que dice: "A los negros hizo el diablo / para tizón del infierno". El aludido reacciona, se trava en lucha con Fierro y éste lo mata. El racismo del gaucho es herencia de sus antepasados cristianos españoles, que en esta escena se manifiesta con el sexismo que demuestra al agredir verbalmente a la mujer. Ambos, sexismo y racismo son las dos caras de la misma

moneda, la de la supuesta superioridad blanca y masculina.

La mujer negra grita al ver caer a su compañero. Es entonces que Hernández pone en boca del protagonista uno de los versos más desagradables de su obra, que no merecía la fama que adquirió. Dice Fierro: "Yo quise darle una soba / a ver si la hacía callar / mas pude reflexionar / que era malo en aquel punto / y por respeto al dijunto / no la quise castigar". La insensibilidad, la crueldad y el sadismo del gaucho Fierro se muestran claros en este pasaje, que es el primero de los asesinatos que comete este "héroe nacional". Desea golpear a la mujer, no lo hace por respeto al hombre muerto, dice y miente porque sus agresiones demostraban que no hubo respeto alguno con los negros.

• La mujer infiel

No podía faltar en esta obra misógina una mujer infiel. Es la actitud femenina que más duele a los hombres, porque son doblemente derrotados, por una mujer y por otro hombre. Hernández no hace alusión alguna a la infidelidad masculina. En esos tiempos había prostíbulos en todos los poblados y eran frecuentados por peones, gauchos, patrones de estancias y

señoritos de ciudad, de paso por la estancia. La doble moral era "la moral" de los hombres. La infiel de la obra es la mujer del gaucho Cruz e irónicamente Hernández le pone el nombre de Inocencia, la única figura femenina con nombre propio. Cruz dice: "Es triste a más no poder / en el hombre en su padecer / si no tiene una mujer / que lo ampare y lo consuele / mas pa' que otro se la pele / lo mejor es no tener". Cruz demanda amparo y consuelo de la mujer, si tiene suerte y no se la saca otro hombre (pelársela). Ni en la infidelidad, la mujer tiene autonomía, es un objeto que cambia de propietario por voluntad de un hombre, la cuestión es entre hombres. Puede pensarse que si es así, ella es inocente del hecho, pero no se salva de ser acusada, y por ella se culpa a todo el género femenino. "Las mujeres dende entonces conocí a todas en una / ya no he de probar fortuna / con carta tan conocida / mujer y perra parida / no se me acerca ninguna", dice Cruz. En la generalización está subyacente el miedo. Suponer que todas son como es una es repudiar de antemano a todas, no porque sean culpables, sino porque se desea que lo sean, para justificar el rechazo. La mitología gauchesca, según esta obra de Hernández, continúa la tradición de las culturas precolombinas que castigaban con la muerte la infidelidad femenina, y también la tradición cristiana que pone de modelo a una virgen, acusando tácitamente a todas las mujeres por impuras.

(continuará)

Movimiento feminista

María Elena Oddone

La imagen femenina en el "Martín Fierro" (I)

El Informador

Público

Año 5 - Nº 237
Viernes 12 de abril de 1991

COLUMNISTAS

Carlos Burone
Agustín Pérez Pardella
Guillermo Frugoni Rey
María Elena Oddone